

# P L B R S INTRODUCTORI S :



**Por Karima Oliva Bello**

## PALABRAS INTRODUCTORIAS

El deseo que inspira esta antología es el de provocar una reflexión de largo aliento en Cuba en torno al inmenso desafío de construir una sociedad más justa, segura, inclusiva y equitativa para las mujeres. Es también, por supuesto, el deseo de invitar a la práctica militante en ese sentido.

En el curso de la Revolución Cubana se inscribe una de las tradiciones de lucha por los derechos de las mujeres más potente en la historia de América Latina y del mundo, con importantes logros efectivos en cuanto a nuestra emancipación y a la dignificación de nuestras vidas. Lo que Fidel Castro llamó que sería —y ha sido— una revolución dentro de la Revolución.

Se unen en este libro las voces de mujeres muy fuertes; solo algunas, porque felizmente hoy son muchas las que trabajan para forjar la igualdad. El criterio de selección de los textos ha respondido a la intención de entretener miradas diferentes, desde lugares y experiencias de lucha diversas en América Latina, para una aproximación compleja a la cuestión feminista. Pero, sobre todo, una aproximación políticamente comprometida con la rebeldía, con la creación de lo alternativo en medio de la resistencia antisistémica, con la denuncia y la derrota de los peores feminicidas que actualmente existen: el capitalismo y el hetero-patriarcado.

Son textos feministas que brindan un referente desde donde se puede valorar la experiencia de lucha de las cubanas por sus derechos, que se ha dado en el marco de un movimiento anticapitalista, anticolonialista y profundamente popular de largo alcance: la Revolución que triunfó en Cuba en enero de 1959.

Un referente que nos sirva para continuar trazando vínculos con colectivas feministas y movimientos de mujeres de nuestra región y otras partes del mundo, a partir de principios y ansias comunes, aportando nuestra experiencia y valiéndonos de herramientas conceptuales para hacer una crítica de ella.

Por último, un referente desde donde las formas de organizarnos en Cuba y nuestras prácticas, que han tenido en la labor de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) un liderazgo fundamental, puedan fortalecerse de frente al propósito de seguir trabajando por un futuro mejor para nosotras.

En esta introducción no presentaré los textos que conforman la antología siguiendo su orden de aparición en el libro: dialogaré con las autoras proponiendo un eje de coordenadas que me ha servido para pensar en posibles rutas para los feminismos en Cuba comprometidos con el proyecto socialista. Queda a las lectoras y lectores adentrarse en los artículos luego, encontrarse con las voces poderosísimas de las mujeres que habitan estas páginas, interactuar con ellas, siguiendo el trayecto que cada quien encuentre mejor.

Muchas jóvenes cubanas hoy se reconocen feministas. Investigadoras en temáticas de género, académicas, realizadoras, periodistas, artistas, cuentan con una importante trayectoria que puede ser entendida en clave feminista, porque ha sido producida desde una identificación orgánica con el feminismo. La agenda tan importante que lleva hacia adelante el país en materia de igualdad de género en la actualidad, gracias al Programa Nacional de Adelanto de las Mujeres, la Estrategia Nacional de Lucha contra la Violencia y el Anteproyecto del nuevo Código de las Familias, es también una apuesta feminista.

Este libro se inspira en la tesis de que al trabajo de nuestras instituciones y organizaciones le favorecería la producción de un feminismo nuestro, que sepa injertar (en el sentido con que Martí

empleó el término) las tendencias más revolucionarias de los movimientos feministas a escala regional y global. Una de las formas más estratégicas en que pudiésemos coronar la obra valiosísima de más de seis décadas de tantas mujeres en Cuba que dirigen, trabajan, investigan, escriben, hacen periodismo, enseñan, movidas por la igualdad de género, sería la producción, sistematización y el reconocimiento de un pensamiento social crítico que sea feminista, en la misma medida en que sea revolucionario.

La presente antología comienza abordando la relación de la FMC con el feminismo. En definitiva, la FMC es la organización que ha liderado y coordinado desde su surgimiento en la década del sesenta del siglo pasado, la lucha de las mujeres cubanas por la igualdad. Este es un libro que se inspira en la labor de tantos años de la organización y que asume una postura militante desde sus filas, con el conocimiento de que en el momento de guerra comunicacional que vivimos, nuestras organizaciones están bajo un fuerte asedio mediático y una de las formas en que podemos contribuir con ellas, es brindarles, desde el compromiso, una mirada crítica que pudiera fortalecerlas y que puede enfocarse, en muchos sentidos, como un ejercicio autocrítico, porque nosotras también formamos parte de nuestras organizaciones.

No se trata de sostener un relato estado-céntrico a ultranza. Se trata de reconocer que en un mundo donde una de las debilidades más evidentes que afecta al activismo político de izquierda es la atomización, y el capitalismo en su fase neoliberal se ha encargado de hacer estallar sistémicamente las formas de articulación colectiva, vaciarlas de su sentido político, nuestras organizaciones son el principal recurso con que contamos para defender y construir el socialismo.

En Cuba, los derechos efectivos (resultado del desmontaje radical del capitalismo, dada la transformación socialista), que favorecieron a los grupos históricamente explotados y excluidos

#### 4 Mujeres en Revolución

—incluyendo a las mujeres—, y las conquistas que luego se alcanzaron como resultado de la agenda de trabajo de la FMC en particular —y de otras instancias del Estado cubano—, en el plano sociopolítico, económico, cultural, legislativo, no se demeritan por el hecho de que la organización no se declarase feminista en su origen.

Cuando vemos los cambios que tuvieron lugar en la vida de las mujeres cubanas, a partir del triunfo de enero de 1959, masivamente convocadas a luchar, estudiar, trabajar, pudiéramos traer a colación las palabras de Fanny Edelman en *Fragmentos de Feminismo y Marxismo. Conversación con Claudia Korol* (2001) que incluyo en esta selección de textos, refiriéndose a las tantas mujeres argentinas que desde disímiles frentes luchan contra el capitalismo:

[...] sin conocer su condición de género, cada una de ellas la practica y se afirma como sujeta social cuando trasciende el ámbito privado y se apodera de la acción pública. ¿No son ya el símbolo de una nueva mujer que nace en ellas? Cuánto coraje, cuánta fuerza nos transmiten esas *vidas* que combaten por una verdadera vida.

El triunfo de la Revolución transformó la vida de las mujeres cubanas. Conseguimos superar una condición contra la cual hoy batallan y por la cual hoy pierden la vida amplios sectores de mujeres en nuestra región y en el mundo, que tiene que ver, ante todo, con la condición de clase y raza subalternas, entrecruzadas con la condición de género. ¡Pusimos a raya el capitalismo! Y digo pusimos, porque no fueron los hombres solos, las mujeres estuvieron junto a ellos en el primer frente de lucha.

Los relatos de Claudia Damiani en *La guerra también tuvo nombres de mujer*, situados en el contexto histórico de la invasión mercenaria por Playa Girón, en abril de 1961, ponen el foco sobre la participación de las mujeres cubanas en esa gesta histórica, en la

que se produce la primera derrota del imperialismo en suelo latinoamericano.

Cira, una de las protagonistas de este entrañable pasaje de nuestra historia, narrado por Claudia Damiani:

[...] Nació mujer, campesina y pobre en 1921, cuando no existía más opción que ser la esposa joven de un abnegado guajiro, barrerle el bohío, parirle y compartir el hambre hasta la muerte. Aun así, alcanzó el sexto grado en Jagüey y, tras casarse, se fue con su esposo Pablo a Caletón, en la Ciénaga, donde tuvo tres hijas.

Tal vez, Cira nunca previó que sus opciones se ampliarían y que sus hijas no estarían condenadas, por su origen y sexo, al hambre, la ignorancia y la esclavitud del hogar. Pero si no lo previó, al menos lo buscó activamente, porque desde la clandestinidad se incorporó al movimiento revolucionario.

La historia de Cira, fue la de muchas cubanas. Hoy podríamos juzgar las decisiones que se tomaron en la época, lo cierto es que la emancipación en clave de género y la participación en la defensa del socialismo, se dieron orgánicamente entrelazadas. Como se entrelazan actualmente, a lo largo de todo el continente, la lucha por la igualdad de género y la lucha contra el avance del capitalismo, en la agenda de múltiples organizaciones de mujeres y movimientos feministas populares.

Las cubanas nos podemos reconocer en las entrañables palabras de Fanny Edelman, cuidadosamente seleccionadas para este libro, al referirse al movimiento de mujeres argentinas, porque vencer al capitalismo ha sido en sí mismo, uno de nuestros logros fundamentales.

Pienso que deberíamos poder expresar en nuestro discurso a las mujeres que cuando cuestionamos en cada toma de tierra, en cada corte de ruta, en cada lucha contra la explotación, la impu-

nidad, la marginación y la exclusión, estamos impugnando una política que agrava, perpetúa y profundiza las desigualdades sociales, en un país expropiado por el gran capital transnacional, infectado de injusticia, de racismo contra nuestros hermanos y hermanas de los países vecinos, racismo que nos agrede a nosotros mismos; una política que destruye el trabajo, la salud, la educación, que priva de futuro a la juventud, incuba las enfermedades de la miseria, transfiere por generaciones la pobreza y la indigencia, destruye la familia, en definitiva, hace de la vida solo desdicha y desventura.

Necesitamos problematizar y ejercer la crítica sobre el trabajo de nuestras organizaciones, pero no desde posturas deshonestas. Sin pecar de triunfalismos, cualquier cambio hacia mayor igualdad debe hacerse partiendo de reconocer lo que se ha conquistado gracias al socialismo y con la FMC liderando y coordinando el trabajo.

El hecho de que la FMC no se declarase feminista debe analizarse desde una perspectiva socio-histórica. Respondió a una decisión táctica,<sup>1</sup> en función, en primer lugar, del panorama global del movimiento feminista en la época en que surge la organización, diferente al de la actualidad, en que las corrientes de feminismos populares cuentan con una historia y una presencia más sólida que la de entonces. En segundo lugar, y creo que es esta la cuestión más importante, se debió al contexto revolucionario particular que se vivía en Cuba, no a una falta de reconocimiento de la causa feminista, ni a una falta de identificación con el feminismo.

En la entrevista concedida por Vilma Espín a la periodista griega Elizabeta Popogay, en febrero de 1989, la entonces presidenta de la FMC expuso con claridad: «hemos asumido e interpre-

---

<sup>1</sup> Esto es un criterio personal a partir de una investigación documental sobre el surgimiento de la organización.

tado la esencia de los más revolucionarios y avanzados postulados del feminismo socialista». Vilma aclaraba así su posición.

Ante la pregunta, «¿Cree en el movimiento feminista del mundo?», ella respondió sin dejar margen a dudas:

Creo particularmente en los grupos feministas que vinculan la solución de la opresión de la mujer, de la liberación de la mujer, con la liberación de todos los explotados y los oprimidos, de los discriminados, lo cual significa abordar los problemas de la actualidad – tanto económicos como sociales, problemas culturales e ideológicos – bajo un prisma de análisis de clase, de sexo y de raza.

Estoy convencida de que los problemas de la mujer no pueden verse aislados de los otros problemas sociales, no pueden analizarse fuera del contexto económico, ni al margen de determinadas situaciones histórico-sociales. Por tanto, tampoco los problemas de la mujer pueden solucionarse solos, descontextualizados.

Vilma reconoce públicamente su identificación con el feminismo socialista y el valor de aquellas mujeres de una

[...] solidez teórica, política e ideológica admirables y también con una decisión y valentía dignas de resaltarse cada vez que existan oportunidades. Alexandra Kollontai, Inessa Armand, las hermanas de Lenin – Ana Elizárova y Mariya Ilichna Ulianova –, su compañera Nadiezhda Krupskaya y tantas otras, pioneras en el combate por el socialismo y en el trabajo para edificar una sociedad nueva.

En la Cuba de enero de 1959, el derrotero más importante para garantizar un horizonte de mayores derechos para las mujeres y otros grupos sociales históricamente excluidos, era hacer y defender la Revolución. El movimiento de mujeres que surgía con la

Revolución debía estar integrado orgánicamente a ella. El socialismo era la condición de posibilidad para conquistar derechos efectivos y, por tanto, su construcción pasó a ser uno de los ejes estructurantes del movimiento de mujeres. La labor de la FMC no podía limitarse a una agenda sufragista o parlamentaria, agotarse en reclamos de mayor representatividad o en cruzadas identitarias. La lucha de las mujeres en Cuba necesariamente debía comprometerse con una pauta más radical: la lucha de clases, la defensa del socialismo.

Esta postura conlleva implícita dos principios de total vigencia hoy: primero, la necesidad de no divorciar la agenda por la igualdad en Cuba, en cualquiera de sus órdenes, del proceso revolucionario y de la defensa de la vía socialista; segundo, la necesidad de no importar la agenda de otros contextos de manera acrítica, sin tomar en cuenta las características propias del nuestro. Esta misma postura veremos que la defienden hoy muchos feminismos populares en nuestra región como una posición anticolonialista.

Tampoco podía desgastarse la organización en una confrontación con los hombres, como si hubiese algo esencialmente antagónico en ellos. Con muchos compañeros se compartía, codo a codo en el combate, por la soberanía nacional y la justicia social. Debilitar la unidad necesaria en ese frente, atomizando y divorciando las agendas de las diferentes fuerzas que debían confluír en defensa de la Revolución, no era un camino viable. Se apostó por un proceso de reeducación de las mujeres, de las familias, de los hombres y, sobre todo, se desarrollaron acciones concretas que fueron transformando la dinámica objetiva de la vida cotidiana y el rol de las mujeres en la sociedad, con un impacto significativo en materia de emancipación.

Es claro que las cubanas nunca hemos estado ante un camino llano en la conquista de nuestros derechos. La situación que narra Sylvia Marcos en *Feminismos ayer y hoy* (2016) al referirse al origen

del feminismo mexicano, considero que es una circunstancia crucial y común por la que han atravesado históricamente muchas mujeres dentro de los movimientos revolucionarios, incluida las cubanas:

Así, el feminismo mexicano tiene desde sus inicios un doble rostro: por un lado, cuestiona los roles de sumisión y dependencia asignados a las mujeres por ideologías patriarcales en la sociedad en su conjunto y, por otro lado, cuestiona también, al interior de las organizaciones de izquierda, la reproducción de estas normas hasta entre aquellos que se proponían luchar en contra de la explotación y opresión de los desposeídos por el capitalismo. Es en el dilema inicial de esta militancia que se ha gestado el movimiento feminista de izquierda mexicano [...]

Me arriesgo a asegurar que no pocas mujeres en Cuba han sido víctimas de formas de violencia simbólica y psicológica por sus compañeros de trabajo y lucha en estos más de 60 años, sin mencionar las violencias en el seno de su vida privada. Esa es una realidad que no tenemos cómo eludir.

Las microviolencias están tan naturalizadas como parte de la cultura hetero-patriarcal, tan enraizadas en los hábitos, como señalara Pierre Bourdieu en *La Dominación Masculina*, que muchas veces ni mujeres ni hombres son totalmente conscientes de hasta dónde los determinan.

Sylvia Marcos, con el peso en la pluma que caracteriza a las feministas mexicanas de su generación, en la genealogía del feminismo mexicano que conforma la antología, nos recuerda que las relaciones de género

[...] son también relaciones de poder y se refieren a sometimientos, subordinaciones, desequilibrios entre hombres y mujeres. Es importante conocer las formas en que la construcción social

y cultura de las relaciones de género permite, a través de la socialización, que los mandatos sociales sean internalizados y considerados «naturales». Hablo de lo que he llamado la «naturalización» del género.

Aún hoy muchos compañeros consideran que con haber hecho la Revolución y haber eliminado la explotación con base en el trabajo fue suficiente. Se representan el 8 de marzo como una jornada para «regalarle una flor a otra flor», «celebrar la delicadeza y entrega total de las mujeres», o «agradecer el sacrificio de las heroínas en el trabajo y el hogar», sin tener conciencia de los estereotipos que están implícitos en todas esas imágenes y del costo físico, emocional y de realización personal-profesional que implican en la vida de una mujer.

Vilma fue una luchadora incansable para que dentro del Partido y el Gobierno se comprendiese la especificidad de la lucha por la igualdad de género, que tenía que tener su propio espacio y no podía subsumirse dentro del movimiento revolucionario general. La presidenta de la FMC defendía el cambio cultural y de mentalidades que debía llevarse a cabo entre los propios revolucionarios para superar las bases estructurales, simbólicas y materiales del patriarcado.

La expresión de Fidel Castro, una revolución dentro de la Revolución, sintetiza de manera clara el enfoque que marcaría la agenda de trabajo de la FMC y constituyó, a la vez, una visión avanzada, radical, dialéctica y compleja del carácter que debía tener la lucha contra la discriminación de género.

Los discursos de Vilma durante las primeras décadas revolucionarias, en esta misma línea, destacando la necesidad de un análisis bajo un prisma de clase, de sexo y de raza, marcaron una postura pionera en nuestra región. Se antecedió en su sentido revolucionario, popular, anticolonialista, a las actuales corrientes

de los feminismos populares, anticapitalistas y descoloniales del Abya Yala. De hecho, muchos de estos movimientos de mujeres se reconocen en la Revolución Cubana y encuentran en ella una inspiración.

La FMC desde sus orígenes participó en los encuentros regionales de mujeres de manera activa, estando al tanto de las problemáticas que padecían las latinoamericanas, lo que aumentó la conciencia de la necesidad de defender el socialismo cubano.

Más de medio siglo después de la fundación de nuestra organización, sería muy estimulante y revitalizador para ella, apropiarnos del imaginario feminista e integrarlo a nuestra filosofía de trabajo. Nuestro discurso político necesita ir más allá de una declaración de principios respecto a la Revolución y el Partido. Aunque necesitamos que tales principios sigan siendo efectivos como parte de los ejes estructurantes de la identidad y la labor de la organización, esta se vería fortalecida con la inclusión de los saberes y el universo de sentidos que los feminismos han producido. El panorama regional y mundial ha cambiado. En la actualidad, muchos movimientos de mujeres y tendencias feministas se producen desde la izquierda revolucionaria, con un sentido anticapitalista.

Reconocerse en el feminismo, constituye una ventaja de cara a actualizar el liderazgo de la FMC ante las nuevas generaciones de mujeres cubanas, que buscan con inquietud referentes feministas, están conectadas globalmente y pueden acompañar la agenda de los movimientos feministas del mundo entero desde un dispositivo móvil, están asimilando una narrativa con enfoque de género, van ganando conciencia de género y desean participar políticamente desde ese lugar.

Incluso, entre aquellos sectores de mujeres entre los que no existe una cultura feminista, la organización pudiese ser vanguardia, marcando una pauta verdaderamente revolucionaria. Me atrevo a aseverar que ninguna otra organización de mujeres en

América Latina cuenta con mejores condiciones para poder integrar en una misma agenda interseccional, el trabajo contra todas las formas de discriminación y violencia contra las mujeres, con el apoyo de todo el aparato de un Estado socialista. No se está haciendo mención a algo nuevo, esta condición ha definido el trabajo de nuestra organización desde sus inicios y marca el sentido con que fue creada.

Investigar o educar con enfoque de género, llevar adelante programas que favorezcan la igualdad es importante, pero también precisamos militar en la causa feminista y repolitizar el trabajo por los derechos de las mujeres en Cuba. ¿Podemos comprometernos políticamente con radicalizar la revolución cultural y epistémica en Cuba hacia la igualdad de género? Estamos en condiciones de hacerlo, formando una militancia de mujeres que no solamente sea comunista, sino también feminista, o al menos, que exprese una genuina preocupación y sensibilidad respecto al tema. Los feminismos brindan un arsenal de recursos teórico-conceptuales de gran valor para poder comprender el hetero-patriarcado y superarlo.

Por otra parte, en el contexto nacional, ante el protagonismo que van ganando las redes sociales como espacios para la fabricación de estados de opinión, la contrarrevolución ha producido un feminismo liberal que necesitamos confrontar con un relato feminista diferente. Los temas de los cuales no nos ocupemos serán utilizados por quienes desean una transición hacia un periodo posrevolucionario en Cuba, para bombardear la opinión pública nacional con matrices de opinión que descalifican al sistema político y demonizan la gestión del Estado, parapetadas detrás de la causa feminista.

No es el caso de todos los activismos que han surgido en la arena del feminismo. Hay colectivos de jóvenes con una agenda feminista de izquierda, que simpatizan con el proceso revolucionario y defienden el socialismo cubano. Producen habitualmente contenidos comunicacionales para el entorno mediático, pero en

los últimos tiempos han proyectado acciones en el espacio físico, con motivo, por ejemplo, de la reciente jornada por el 8 de marzo.

La importancia de estos colectivos que surgen al calor de las redes sociales es que sirven de espacio para la participación y revitalizan el tejido político, la cuestión es que la atomización de las formas de participación política comprende un riesgo medular para el proceso revolucionario.

La solución no creo que esté en negar estos colectivos. El problema es, por una parte, si nuestras organizaciones serán capaces de ejercer un liderazgo tan efectivo que pueda articularlos y, por otra parte, si estos grupos serán capaces de anteponer la integración y la agenda colectiva, a sus intereses particulares. Se trata de un tema complejo que no es objeto de la presente antología, pero al que hago referencia, porque brinda una visión del escenario que vivimos y de la importancia de fortalecer el trabajo de nuestras organizaciones como garantes de la unidad, lo cual requiere que no las dejemos en una posición de desventaja, desfasadas frente a los imaginarios que se van produciendo en la actualidad.

El feminismo no es un bloque homogéneo. Existen posturas feministas alineadas con el capitalismo y sus estructuras de dominación de clase y raza, en la medida en que reivindican derechos que en sociedades excluyentes solo se hacen efectivos para determinados grupos de mujeres, desconociendo el análisis de condiciones estructurales y sistémicas de fondo, que mantienen sumidas en la más dura violencia a muchas.

Estos feminismos pueden incluso, hablar en términos de inclusión, derechos, justicia social e igualdad, pero sin comprometerse con una crítica de las estructuras de dominación capitalistas que producen las desigualdades. Entonces, no basta con que abracemos la causa feminista, como si se tratase de un llamado universal esencialmente justo y noble, al que naturalmente, debemos

responder. Al feminismo, como a la democracia, necesitamos ponerle apellidos.

La diferencia entre los feminismos liberales y los feminismos populares la explica la activista argentina por los derechos de las mujeres Claudia Korol, en la entrevista *Feminismo de corazón socialista e internacionalista*, concedida al periódico *Granma*, en noviembre de 2020, que se puede leer en las páginas de esta antología:

[...] En síntesis, hay una gran diferencia entre los feminismos populares y los feminismos liberales: los primeros entienden que no hay solución real a las violencias que sufrimos como mujeres y como pueblos, sin revoluciones anticapitalistas, anticoloniales, antipatriarcales, antimperialistas, feministas y socialistas; los segundos están disputando una cuota de poder dentro del sistema de opresión. De ese modo sus logros se vuelven privilegios que oprimen a otras mujeres, o que se desinteresan de sus dolores, de sus luchas, de sus esfuerzos de sobrevivencia.

Korol describe cómo funciona el sistema de organizaciones que como la Fundación Nacional para la Democracia (NED), según sus siglas en inglés, la Open Society y otras, van produciendo un feminismo que opera como un mecanismo injerencista de propaganda política liberal y destabilización social en aquellos territorios que son de interés estratégico para el gobierno de Estados Unidos:

Sabemos que estos magnates financian activismos para desestabilizar revoluciones como en Cuba, y que tratan de disfrazarlos de «acciones humanitarias», tras las banderas de los derechos humanos, y ahora de las luchas feministas o ecologistas. Es un dinero invertido en la contrarrevolución, que busca «desprenderse» de sus sectores más rancios, para embanderarse con los colores pálidos de la posmodernidad. Se trata del

intento de colonización de las subjetividades, y especialmente de la manipulación de quienes irrumpen en la lucha política sin memoria de experiencias anteriores. El acceso a las redes sociales, su inmediatez, su impunidad, facilitan estos modos de intervención.

Esto no ha estado pasando únicamente en Cuba, la feminista argentina nos cuenta cómo es una realidad que enfrentan los feminismos genuinamente populares en nuestra región:

En nuestros países, sus acciones tienden a estimular los feminismos liberales e individualistas, rompiendo los movimientos, las redes y las solidaridades. Pero nosotras no nos confundimos. La memoria histórica de las mujeres del pueblo nos enseña: uno, a conocer cómo actúan los enemigos y, en particular las agencias ligadas a la inteligencia de EEUU; dos, a saber que los derechos humanos, los derechos de las mujeres, de las disidencias, los derechos de la naturaleza, van a ser defendidos por los pueblos en lucha; y tres, que no vamos a terminar ni a mitigar las violencias estructurales sin revoluciones antipatriarcales, anticapitalistas y anticoloniales, porque son estos sistemas de explotación, opresión y dominación, las fuentes de las mismas.

[...]

Los feminismos populares reivindicamos las revoluciones que nuestros pueblos han venido realizando en Nuestra América. Revoluciones antiesclavistas, independentistas, de liberación nacional, del buen vivir, socialistas. En estos tiempos se abre camino con mucha fuerza la dimensión feminista de estas revoluciones.

Justamente, una de las tesis del feminismo liberal en Cuba es que el país comparte los mismos niveles de violencia y desprotección que afectan a las mujeres en otros países de nuestra región. Este es un análisis sesgado, que pasa por encima de importantes

consideraciones socio-históricas y de contexto. Lo que no cuentan las feministas que sostienen esta postura, es que lo que sí compartimos en el escenario cubano con los feminismos populares en América Latina, es que tenemos que convivir con la instrumentalización del feminismo que llevan a cabo determinados sectores reaccionarios, como parte de una agenda intervencionista.

Recientemente, circuló en las redes sociales en Cuba un caso de denuncia de acoso que fue seguido de la solidaridad de mujeres, colectivas, personalidades, etcétera. Lo interesante es que, con cada episodio mediático de este tipo, en el que marcan tendencia los medios subversivos, sin ser los únicos que se pronuncian, surge la matriz de opinión de que hay que desideologizar la lucha contra la violencia de género.

Debemos hacer un análisis crítico hasta las últimas consecuencias sobre cómo dentro de nuestro sistema se reproducen focos de violencia, no pueden quedar impune los implicados, pero eso no significa desideologizar la lucha. Necesitamos un feminismo que sepa orientarse y comprometerse políticamente, no solo de cara a casos puntuales (aunque cada caso cuenta), sino de cara a las contradicciones sistémicas que actualmente enfrentamos las mujeres en el mundo.

Cuando Breny Mendoza describe la proyección de los feminismos hegemónicos en América Latina durante la década del noventa, confiesa que lo más preocupante para ella era «la visión de túnel que a todas luces manifestaban, [...] en sus análisis del estado neoliberal». La causa la adjudica a que «no tenían a su alcance un pensamiento crítico que pusiera en cuestión los matices coloniales, racistas y heteronormativos de los nuevos estados capitalistas en su supuesta transición democrática».

Las feministas peruanas, y las latinoamericanas en general, mostraban un intenso activismo político, pero descuidaban el desarrollo de un pensamiento político propio. En segundo

lugar, sus esfuerzos se agotaban en los discursos sobre derechos: del derecho «a tener derechos», a construir ciudadanía y a una política de presencia; pero estos discursos estadocéntricos de corte liberal que echaban por la borda sus raíces más marxistas y dependentistas estaban desprovistos de un análisis del Estado que ayudara a prever los peligros de negociar con un Estado que se perfilaba neoliberal.

[...]

El liberalismo feminista latinoamericano de los años noventa no estaba para nada en condiciones de entender la sinergia que se daba entre los sistemas de opresión de raza, género, clase y heteronormatividad dentro de la colonialidad de poder. Le faltaban las herramientas teóricas. Por eso se limitó a la demanda de derechos y reconocimiento formal-legal por parte del Estado, contribuyendo de esa manera a una sistemática disociación de la opresión de género de otras formas de opresión que el Estado latinoamericano ejerce para la colonización interna de la sociedad. El feminismo latinoamericano hegemónico sostuvo, asimismo, una concepción de derechos cuasi neoliberal e individualista, donde la raza, la heteronormatividad y la clase aparecen como irrelevantes para la ley; donde la libertad se define con un lenguaje neutral de elección libre.

La ceguera epistémica (que responde también a una postura ideológica), de las feministas liberales para atender las cuestiones sistémicas de fondo y comprometerse con la crítica al capitalismo o la defensa del socialismo, centrándose únicamente en el reclamo de determinados derechos formales, también ha sido un elemento rector de las asalariadas de la NED y las aliadas de la Open Society en Cuba.

La violencia de género ha sido uno de los tópicos más manipulados para incidir sobre la opinión pública al interior y exterior de la Isla. La contrarrevolución ha inducido la idea de que

las mujeres en Cuba nos encontramos totalmente desamparadas frente a un escenario de incontrolada violencia e impunidad.

Con esto, intentan conectar con determinados sectores de la población cubana que, obviamente, se pueden sentir identificados con una problemática tan sensible y, al mismo tiempo, buscan llamar la atención de la opinión pública internacional en torno a un tema que tiene pegada en las agendas del debate público global, induciendo prejuicios sobre nuestra realidad.

Fuerzan una analogía con la situación de violencia que enfrentan las mujeres en otras regiones. Mencionan las cifras de crímenes contra mujeres en Cuba de manera descontextualizada. Hiperbolizan algunos acontecimientos sacados de contexto, mientras desconocen todo el trabajo que se realiza. Manejan con sensacionalismo los casos de violencia. No ponderan un abordaje histórico y sistémico. Relativizan siempre los efectos del bloqueo sobre nuestras vidas, una de las causas estructurantes de la crisis económica y sus derivaciones sociales, tanto como relativizan los logros del socialismo cubano en materia de equidad, derechos y garantías de seguridad para las mujeres. En ese sentido, más que de una postura crítica, se trata de hacer propaganda política contra el sistema mediante el uso de una retórica liberal.

Uno de los ejes más importantes para la descalificación de la gestión estatal ha sido la inexistencia de una Ley integral contra la violencia de género. Yamila González Ferrer en su artículo en *Granma* de marzo de 2021, *En este país se trabaja con seriedad, no con oportunismo*, denuncia la forma como se ha producido mediáticamente este reclamo:

¿Qué se pretende al señalar como bandera la inmediata aprobación de una Ley integral contra la violencia de género, sin considerar todo cuanto está haciéndose en este ámbito? ¿A dónde apunta la exigencia de declarar un estado de emergencia en Cuba por violencia de género? ¿Por qué quieren mostrar al

mundo una imagen de impunidad, como si las mujeres cubanas estuviésemos desamparadas ante situaciones de violencia? Esta es la idea que quieren promover, por más alejada que esté de la realidad.

La fabricación mediática de un «escenario de impunidad», junto al manejo sensacionalista de los casos de violencia, se han utilizado como resortes para inducir a un paro de mujeres en Cuba que no ha tenido poder de convocatoria. Al respecto, Yamila González Ferrer declara:

Pretenden que importemos acriticamente formas de lucha de otros contextos, obviando las condiciones sociohistóricas de nuestro país, nuestra tradición de lucha por los derechos de las mujeres, las estrategias de trabajo que están creadas, que están en curso y en constante perfeccionamiento. Pareciera que solo sucede en Cuba lo que determinadas voces del escenario mediático publican en las redes desde escritorios bastante distantes de una intensa cotidianidad de trabajo. Es una manera de deslegitimar la labor de muchos años en este y otros asuntos concernientes a la igualdad de género. Les mueve el protagonismo, sembrar la desunión y apuestan por desacreditar y destruir este proyecto social para ganarse un espacio «cuando la Revolución se venga abajo».

Apenas dos días después de que la Televisión Cubana escalara en la muestra de evidencias que vinculaban a los convocantes de la marcha contrarrevolucionaria del 15 de noviembre con grupos y personajes terroristas de la mafia anticubana de Miami y organizaciones vinculadas a la CIA, eliminando cualquier duda que pudiese existir sobre el carácter ilícito de esta convocatoria, anunciaron en su plataforma en Telegram un diálogo sobre la violencia

de género en Cuba. No es casual que así sea, estaban utilizando el tema para blanquear el trasfondo del grupo.

Mientras el feminismo liberal trabaja para la reinstauración del capitalismo en Cuba, la cual sería una vía de retroceso en materia de igualdad. Yamila González Ferrer es categórica al afirmarlo:

En el caso de Cuba, una de las garantías más importantes en ese camino de lucha por la igualdad de género y contra la violencia hacia las mujeres y las niñas es la defensa de la Revolución y el Socialismo, la sostenibilidad de nuestro proyecto de justicia social. Ninguna ley podrá ser efectiva para todas si no defendemos estas condiciones de posibilidad. Países que cuentan con leyes integrales contra la violencia de género cuentan también con terribles cifras de feminicidios, porque las mujeres son víctimas de violencias estructuradas por el capitalismo.

En el texto de 2005, *¿A qué llamamos feminicidio?*, Marcela Lagarde y de los Ríos desarrolla la definición del concepto de feminicidio para dar cuenta de la situación particular en que son asesinadas las mujeres en Ciudad de Juárez, México. Describe, a todas luces, una situación de múltiples violencias estructurales y sistémicas ante la presencia de un Estado que se desentiende de su responsabilidad de velar por los derechos, la vida y la seguridad de las mujeres. La autora apunta cómo:

son asesinadas mayoritariamente niñas y mujeres con alto grado de inseguridad, vulnerabilidad vital y nula protección social e institucional, en zonas de devastación social donde predominan la inseguridad, el delito, una convivencia marcada por la ilegalidad, los poderes fácticos, el desbordamiento de las instituciones y la ruptura del Estado de derecho.

Esta es la situación de amplios sectores de mujeres en nuestra región. Si quedasen dudas, la autora continúa explicando el contexto social en que la categoría feminicidio adquiere sentido, para nombrar el último eslabón de una cadena de brutales violencias simultáneas:

En la mayor parte de las entidades federativas en que hay focos rojos de asesinatos de niñas y mujeres es muy alto el de hombres; en ese sentido, es alarmante la situación de inseguridad prevalente y la violencia está en todas partes. Se suceden hechos violentos por doquier que alcanzan a personas ajenas a la violencia. Los asesinatos dolosos están asociados a la delincuencia organizada, al tráfico de personas, drogas, armas, dinero y mercancías, así como al secuestro y la violencia policiaca, militar y paramilitar que culmina en asesinatos.

Estas formas de violencia se dan en el marco de un alto rango de exclusión, marginación, explotación y extrema pobreza de las mujeres, base de índices elevados de morbilidad y mortalidad femenina como la materna e infantil debidas al crecimiento precario, la desnutrición, los padecimientos y las enfermedades no atendidas.

Estamos entonces, ante uno de los flancos más mortales del capitalismo neocolonial. No puede explicarse la violencia que se ejerce sobre estas mujeres, sin tomar en cuenta el entrelazamiento entre su condición de género, de clase subalterna y su condición étnica y racial: es una «matriz de opresión».

No se trata solamente de la acción de un misógino, alentado y legitimado por un imaginario machista, y protegido por una sociedad cómplice que vira el rostro hacia otro lado. Se trata también de un sistema que, a través del funcionamiento de su institucionalidad, ininterrumpidamente va entrampando la vida de las mujeres en una urdimbre de violencias hasta la muerte.

Claudia Korol lo ilustra con su proverbial sapiencia en las siguientes palabras:

Las violencias de género son mecanismos estructurales que reproducen el sistema de opresión patriarcal –la dominación de los varones sobre las vidas y los cuerpos de mujeres y disidencias sexuales.

El patriarcado en Nuestra América tiene íntimos lazos con el sistema de explotación capitalista, imperialista y colonialista. Las feministas comunitarias han dado cuenta del modo en que el patriarcado occidental, establecido a sangre y fuego con la conquista y colonización, reforzó el patriarcado existente en las comunidades originarias. El colonialismo, la esclavitud, la servidumbre, han sido sellados en el Abya Yala con la violencia sexual, volviendo los cuerpos de las mujeres trofeos de guerra.

También se agravó la situación en los territorios indígenas y campesinos, habitados por comunidades que defienden los bienes comunes, la naturaleza, el ambiente, debido a las políticas de saqueo, contaminación y destrucción llevadas adelante por las transnacionales, y por empresas locales. Las mujeres están en la primera línea de la defensa de los territorios. Por eso se descargan sobre ellas todo tipo de violencias, amenazas, intimidaciones, desprestigio, chantajes, y si no se pueden doblegar, el sistema acude al crimen, al feminicidio político, como lo hemos visto en los casos de Berta Cáceres (Honduras, lideresa del Copinh, asesinada en 2016), Macarena Valdés (Chile, asesinada en 2016), Marielle Franco (Brasil, asesinada en 2018) y Cristina Bautista (Colombia, asesinada en 2019), entre muchas defensoras de tierras y territorios, muertas, amenazadas, presas.

Cuando se dice que en Cuba las mujeres no mueren exactamente en las mismas condiciones, no se está minimizando la gravedad de cada muerte por causa de un episodio de violencia de género. Se trata de apartarse del reduccionismo que supone comparar cifras

de la realidad cubana con la de otras realidades en abstracto. Necesitamos poner en perspectiva, un abordaje sistémico, contextualizado, socio-histórico, que permita ir a las causas profundas del problema e identificar formas de luchas más efectivas en nuestro contexto.

En el caso cubano la lucha pasa por defender el socialismo como condición de posibilidad para estar en mejores condiciones de eliminar la violencia, aspecto del que no desean hablar las feministas liberales en Cuba. No desean concluir que el socialismo nos hace falta cuando están labrando para destruirlo.

Sylvia Marcos en el maravilloso texto de 2016, *Feminismos ayer y hoy*, sostiene cómo «el capitalismo, especialmente en su vertiente neoliberal, que absolutiza el libre mercado y requiere la explotación voraz de la naturaleza sin controles ni regulaciones constituye otro frente en que las demandas feministas deben de enmarcarse».

La autora llama la atención sobre la necesidad de «una configuración feminista en la cual el género sea una variable teórica más, pero que no debe ser separada de otros ejes de opresión. Los esfuerzos teóricos y las propuestas prácticas y organizativas en torno a las intersecciones, complican, pluralizan y particularizan el significado del concepto “mujer”».

En el artículo *Superando el análisis fragmentado de la dominación: una revisión feminista descolonial de la perspectiva de la interseccionalidad*, de 2019, Yuderkys Espinosa hace referencia a la influencia tan importante del feminismo negro estadounidense en la producción de los feminismos anticapitalistas y descoloniales en América Latina:

Sostengo que el giro que inaugura este feminismo subalterno de «mujeres» racializadas provenientes de la clase trabajadora en Estados Unidos solo fue posible gracias a que ellas lograron conceptualizar e introducir la categoría de raza como categoría histórica que viene a jugar un papel crucial en la acumulación

y la expansión capitalista. Esta categoría permite comprender la opresión que sufre una buena parte de las «mujeres»; opresión de la que la teoría feminista, eurocentrada, no ha podido dar cuenta.

Las feministas negras y de color nutridas por la experiencia del separatismo, el nacionalismo y la militancia revolucionaria negra y chicana bebieron de una teoría marxista radical y revisitada, que pudo relacionar clase y raza de manera efectiva. Esta relación permitió reparar en el sujeto subalterno producido por la expansión del capital a través de la empresa colonizadora; un sujeto racializado a efectos de justificar la superioridad blanca y que el pensamiento marxista no pudo teorizar sino limitadamente gracias a su fuerte compromiso con el programa moderno ilustrado.

Para la autora, un aporte fundamental de estas valientísimas mujeres, fue hacernos comprender:

- a) que las opresiones son múltiples y simultáneas;
- b) que ello conlleva pensar en la necesidad de una práctica y un análisis que aborde de forma integral estos sistemas de opresión, y
- c) que la lucha a favor de las mujeres negras deberá ser llevada a cabo por el movimiento feminista negro en alianza con los varones de su grupo.

[...] una sale convencida de que la política de las mujeres negras implica un compromiso con «la liberación de toda la gente oprimida», lo que implica una lucha tanto contra el capitalismo y el imperialismo como contra el patriarcado.

[...] la idea de diferencia sexual (como ficción reguladora y productora de materialidad), no trabaja de forma separada y está irremediadamente co-constituida dentro de la matriz de poder, que es moderna y colonial y, por tanto, racista y capitalista.

Sylvia Marcos, por su parte, habla de «deslindarse del feminismo que solo ve la subordinación a los varones y deja de lado las múltiples subordinaciones cotidianas y rastreras que nos impone el capitalismo bárbaro y salvaje», para compartirnos la realidad de las mujeres de las comunidades indígenas zapatistas, coprotagonistas, junto a sus compañeros, de una lucha antisistémica por sus territorios y por la vida ante el empuje del neoliberalismo.

Mujeres que, a partir de sus prácticas, ancladas en cosmovisiones ancestrales y en el centro de un movimiento revolucionario, producen también una revolución epistémica, porque construyen un conocimiento que no es del registro del «saber sobre» tan característico de los entornos académicos, sino del registro del «saber cómo», dos epistemes que la autora considera antitéticas. Es interesante leer cómo las indígenas de las comunidades zapatistas han hecho una apropiación de las esencias del feminismo en cuanto a la reivindicación de la equidad de género sin importar ni mimetizar las narrativas de los feminismos hegemónicos.

En ese sentido, identifico tres puntos de encuentro entre el feminismo de abajo y a la izquierda de las mujeres dentro de las comunidades indígenas zapatistas, el feminismo negro estadounidense y el movimiento de mujeres cubanas dentro del proceso revolucionario: primero, la junción entre la causa feminista y la causa revolucionaria, la lucha de clases; segundo, la dualidad con los hombres, que no son vistos como enemigos, sino como compañeros, que desde ese lugar de compartir codo a codo una lucha deben ser interpelados y convocados a reaprender las formas de representarse y asumir las relaciones de género; tercero, aunque no hemos teorizado sobre el feminismo, en el curso de la Revolución ha existido mucho trabajo y muchas prácticas que apuntan más a un saber cómo que a un saber sobre.

Al mismo tiempo, algo debemos aprender de las indígenas zapatistas que aún es una tarea pendiente para nosotras: cómo tejer nuestra versión del feminismo.

Sylvia Marcos nos lo afirma con claridad,

[...] es crucial reinventar nuevas herramientas conceptuales que den cuenta de las formas específicas que cobra la opresión de género en contextos como el de las indígenas mayas, kichuas, aymaras, mapuches, por ejemplo. Además, cabe plantear varias preguntas: ¿Qué puede aportar el saber producido por un movimiento indígena al feminismo en tanto que teoría social crítica?

¿Qué puede aportar el saber producido por las mujeres cubanas en Revolución al feminismo en tanto teoría social crítica?

La preocupación por producir un conocimiento otro y la necesidad de una revolución epistémica es un lugar común en muchos feminismos del sur. Supone la crítica de los mecanismos de dominación ideológica y cultural que los centros de poder capitalistas han desplegado sobre los territorios colonizados y neocolonizados, y de manera general, sobre los grupos subalternos.

Para Yuderkys Espinosa «apenas estamos en pañales en la construcción de este nuevo marco analítico», «se trata de una tarea de reconstrucción epistemológica de todo lo que hemos sostenido hasta ahora para explicar el porqué y el cómo de la opresión».

Celenis Rodríguez en *Mujer y desarrollo. Un discurso colonial*, texto de 2014, habla justamente de producir conocimientos situados en nuestros contextos, comprometidos con nuestras propias circunstancias de vida, en lugar de importar las agendas producidas en otras realidades, incluso, cuando supuestamente son producidas para nosotras, en nombre del progreso.

A ninguna organización procapitalista estadounidense o europea, que tenga como fin la injerencia en nuestros asuntos internos, le interesa mejorar las condiciones de vida de las mujeres cubanas.

No tenemos por qué asimilar acríticamente el discurso desideologizante de las «sociedades abiertas», con su trasfondo neoliberal, por más progresista que pueda parecer.

El desarrollo como discurso colonial crea e impone sobre las poblaciones del tercer mundo un campo de interpretación o de inteligibilidad de sus vidas, sus relaciones sociales, económicas y culturales; estableciendo una manera de percibir el mundo y de autopercebirse como sujetos históricamente inferiores y, por tanto, incapaces de mejorar sus condiciones de vida, sujetos conscientes de que necesitan de la ayuda de los mejores, quienes no dudarán, dados sus altos valores morales, en iniciar una misión civilizatoria. De esta manera produce el discurso del desarrollo el sujeto de sus políticas.

Alba Carosio, en *Perspectivas feministas para ampliar horizontes del pensamiento crítico latinoamericano*, defiende la necesidad de seguir produciendo un pensamiento crítico, de impronta feminista.

El objetivo de las teorías y pensamientos críticos es explorar las vertientes del cambio social en sus proyectos y propuestas, de ahí que todo pensamiento crítico se ubica en las antípodas del pensamiento resignado y del trabajo intelectual que justifican el estado de cosas de las jerarquías, del capital, de la desigualdad y la ideología que sostiene los sistemas de poder. Por el contrario, se trata de un pensamiento propositivo que aspira a reinventar las emancipaciones sociales, busca prefigurar nuevos mundos posibles, así como quebrar consensos establecidos que, casi siempre, son conservadores.

Yuderkys Espinosa apunta cómo

[...] hay una tendencia dentro del feminismo y de otros movimientos sociales a minimizar el papel de la teoría en la producción de la práctica política. Esta manera de separar lo que

está unido, la teoría y la praxis, forma parte de un anti-intelectualismo que ha dejado intacto el campo de la teoría como un campo destinado a ciertas élites, que son las que al final siguen produciendo conocimiento con carácter de verdad; un conocimiento interesado en sus propios fines.

Se hace urgente la tarea colectiva de producir nuevas nociones y conceptos que nos ayuden a sistematizar y complejizar modelos propios de interpretación del mundo. Modelos que ayuden a llenar de imágenes, palabras, significados lo que para los sistemas de pensamiento contemporáneos ha sido silencio.

El pensamiento social crítico cubano en la actualidad, tiene la misión fundamental de continuar teorizando sobre el socialismo cubano, que ya cuenta con más de seis décadas de existencia y que se enfrenta hoy a un periodo de cruciales contradicciones. Teorizar no como un ejercicio que tenga su fin en sí mismo, sino como recurso para comprender nuestra realidad, elaborar sus contradicciones y poner en perspectivas los cambios que se necesitan, al fragor de la práctica revolucionaria.

El pensamiento de Fidel Castro y de Ernesto Che Guevara son de un valor inestimable, en la medida que elaboran con toda su complejidad, las contradicciones más trascendentales que afrontó la construcción del socialismo en Cuba durante la época que les tocó vivirlo. A la par, la obra de importantes intelectuales cubanos socialistas, vino a nutrir ese sendero de pensar y contar la Revolución, sus certezas, pero también, sus disyuntivas políticas, sociales, culturales, con una enconada autenticidad.

En la actualidad, esa labor tiene que ser continuada en condiciones mucho más adversas desde el punto de vista cultural, por encontrarnos en medio de una disputa de sentidos y una guerra de símbolos sin precedentes en la historia de la humanidad, contra toda orden de racionalidad que se oponga al capitalismo. Los

mecanismos capitalistas de dominación ideológica, de sujeción y control de las subjetividades, han alcanzado una probada eficacia.

También en Cuba se ha dado el caso de intelectuales que han abandonado la senda del marxismo para hacer propaganda política en las filas de la socialdemocracia, con la producción de una narrativa que no puede interpretarse más que como una plataforma de pensamiento para la reinstauración capitalista en la isla.

No tienen suficiente presencia en los planes y programas de estudio de nuestras carreras de Ciencias Sociales, no ya el marxismo, que en muchas aulas se estudia de manera superficial, sino los exponentes más importantes del pensamiento social crítico latinoamericano, anticolonialista y anticapitalista.

Las redes sociales y el alcance tan grande de la publicidad en el plano de la comunicación política, nos pueden hacer creer en el espejismo de que marcando determinadas tendencias con *hashtgs*, fabricando *influencers*, cazando lo *cool* y aumentando el número de seguidores de nuestras cuentas en Facebook, Twitter, Telegram, tenemos resuelto el problema de la hegemonía cultural e ideológica y hemos dado el golpe de gracia al capitalismo con sus propias armas.

No es menos cierto que la publicidad cumple una función y puede ser efectiva, pero debemos evitar complacernos con las burbujas de confort que hemos conseguido crear entre nuestros seguidores, en un territorio totalmente privado y controlado por los centros de poder capitalista de Occidente.

El 11 de marzo de 2022, en medio del escenario del conflicto entre Ucrania y Rusia, la periodista rusa Inna Afinogenova anunciaba en su cuenta de Telegram que su programa *Ahí les va* del canal Rusia Today (RT), con cerca de un millón de seguidores por todo el mundo, había sido sacado del aire, cancelado en YouTube y demás redes sociales, como parte de la escalada antirrusa de Occidente contra RT, contra medios que ofreciesen una versión contra-

hegemónica de los acontecimientos en Europa del Este. El hecho dejó por lo claro que la libertad con que operamos en las redes es una ficción y que, en última instancia, estamos en medio de una guerra mediática, asimétricamente sujetos a fuerzas mucho mayores que las nuestras y, además, totalmente en suelo enemigo.

Precisamos de la formación de una cultura crítica, que nos inmunice ante las sofisticadas técnicas contemporáneas de colonialidad del saber. Nada nos podrá ahorrar la responsabilidad de pensar, problematizar nuestra realidad, buscar las causas de fondo de los problemas, elaborar las contradicciones que se levantan en el camino hacia una sociedad más justa, poner Cuba en contexto y tomar partido.

El desarrollo del pensamiento social crítico cubano no puede quedar varado en un escenario en el cual todos estemos demasiado entretenidos cazando *likes* como para detenernos a estudiar, analizar, sistematizar, producir análisis orgánicamente vinculados a la práctica, que vayan calibrando el impacto de las medidas que se toman y produciendo un conocimiento que sirva de fundamento para el cambio.

Alba Carosio nos avisa:

El pensamiento crítico, más que de otro pensamiento, nace de una realidad concreta, por tal motivo, pensar desde nuestra América, como lugar y propósito, significa analizar las desigualdades e injusticias que caracterizan a nuestras sociedades, a la vez que recupera y consolida las resistencias y rebeldías de las innumerables insurrecciones populares. Por lo tanto, significa reivindicar una independencia epistemológica fundamentada en el enraizamiento con la geografía y la historia, latinoamericanizando el pensamiento y la cultura. Se intenta pensar la realidad desde América como lugar de origen y no como una reinterpretación de pensamientos hegemónicos. Es en la bús-

queda de una identidad propia donde radica su potencia y su capacidad subversiva y prefiguradora de futuros posibles.

El tema de la identidad es medular. El pensamiento hegemónico nos hace sentir culpa y vergüenza de nuestra disidencia, de ahí que siempre queramos emular con él. ¿Cómo ir desmontando desde lo hondo, ese sentido de lealtad con la ideología de la opresión? ¿Cómo sentir orgullo al quebrar los moldes del orden establecido e imaginar otros posibles?

En ese intento, vale afirmar, que el pensamiento social crítico cubano producido en Revolución, en parte está en deuda, hasta el día de hoy, con el enfoque de género y la causa feminista y será más crítico y más revolucionario, en la misma medida en que sepa elaborar e integrar en su curso, el horizonte de contradicciones, experiencias, puntos de vista, desconciertos, luchas, desafíos, de las mujeres cubanas desde la pluma y voz de ellas mismas, no solo respecto a su condición de clase y raza, sino también, su condición de género.

Carosio cita justamente a Roberto Fernández Retamar para llamar la atención sobre un hecho que no es privativo de Cuba:

Roberto Fernández Retamar en 2006, en su curso, luego libro, *Pensamiento de nuestra América*, decía «quiero llamar la atención sobre el hecho de que quizás este tema de la mujer es, en el pensamiento nuestro, el punto en que menos se repara». Y abundaba: «El intento de evaporación del papel de la mujer en la historia de que da testimonio este hecho, intento debido a la opresión en las sociedades masculinistas, que son la gran mayoría de las que han existido, es una cuestión a la que nosotros no podemos acercarnos sin vergüenza. Obviamente, cuando digo “nosotros” me refiero a los varones».

Por último, es una responsabilidad superar los discursos esencialistas y pensar en la diversidad de las mujeres cubanas que, como el resto de las mujeres en el mundo, no estamos sujetas a una condición universal.

Para Espinosa:

La imposibilidad de la gran teoría feminista de abandonar su mirada universalista y avanzar en una explicación compleja de la trama de opresión, a mi modo de ver, está relacionada con, por un lado, la reticencia a abandonar los viejos marcos interpretativos hegemónicos sobre los que se ha sostenido la teorización y la práctica feminista. Esta reticencia se sustenta en lo que nombraré como un «racismo del género». Es decir, una imposibilidad de la teoría feminista de reconocer su lugar de enunciación privilegiado dentro de la matriz moderno-colonial de género, imposibilidad que se desprende de su negación a cuestionar y abandonar este lugar a costa de «sacrificar», invisibilizando diligentemente, el punto de vista de «las mujeres» situadas en una escala menor de privilegio, es decir, las racializadas empobrecidas, dentro de un orden heterosexual.

Para mí esta imposibilidad del feminismo clásico de trascender su esencia clasista y racista, no solo se explica desde una imposibilidad de orden teórico. Es también expresión de la manera en que las feministas estamos objetivamente situadas en relaciones de clases y respondemos a intereses de nuestros grupos de pertenencia o identificación.

En ese sentido, tal vez en Cuba tengamos una oportunidad que no podemos soslayar: en tanto seguimos inmersas luego de seis décadas, en la construcción de un proyecto de sociedad que se propone avanzar hacia la superación de la división de la sociedad en clases sociales, la superación del racismo, de la homofobia, ¿cómo el pensamiento social crítico revolucionario y feminista pudiera vencer en la disputa de sentidos frente al capitalismo?

En Cuba hoy no pueden desconocerse los siguientes logros en materia de igualdad de género:

- La eliminación de la explotación con base en la clase y el trabajo, junto a la existencia de un marco jurídico importante de derechos laborales y de seguridad social efectivos;

- La existencia de una organización que representa a las mujeres cubanas, reconocida por el Plan de Acción Nacional de seguimiento de la Conferencia de Beijing de 1997 como un instrumento importante en la lucha por sus derechos, que une en la diversidad, concentra esfuerzos y es una interlocutora respetada y escuchada por el Estado;

- La creación de importantes canales de integración y participación social a través de un sistema de derechos y servicios básicos gratuitos de carácter universal que dignifican la vida de las mujeres en gran escala y permiten su integración al estudio y al trabajo, con gran protagonismo en la escena social;

- La existencia de derechos sexuales y reproductivos como el derecho al aborto con carácter gratuito;

- La existencia de una red de instituciones y centros de investigación encargados de desarrollar una importante labor de producción de conocimientos y sensibilización en torno a las problemáticas que afectan a las mujeres en nuestro país y el mundo desde una perspectiva de género;

- La existencia de un marco legislativo en materia de violencia de género que está en franco perfeccionamiento.<sup>2</sup>

- La aprobación por Decreto Presidencial de un Programa Nacional para el Adelanto de las Mujeres con carácter interseccional e intersectorial, y en el marco de este programa, la existencia de una Estrategia Integral de prevención y atención a la violencia de género y en el escenario familiar.

---

<sup>2</sup> Tomado de «Siete preguntas y respuestas sobre el feminismo», Karima Oliva, *La Jiribilla*, La Habana, 2020.

– Un anteproyecto de nuevo Código de las Familias con un carácter de vanguardia en materia de derechos e igualdad para todas las personas.

No obstante, siguen quedando desafíos importantes por delante:

– Radicalizar la revolución cultural hacia la eliminación de cualquier tipo de estereotipo y actitud misógina fundamentada en el hetero-patriarcado, con la participación articulada de las instituciones educativas, las organizaciones políticas y de masas y los medios masivos de comunicación, para quebrar los soportes simbólicos de cualquier forma de violencia contra las mujeres.

– La producción sistemática de estadísticas transparentes y análisis que permitan un mapeamiento de las desigualdades y las violencias, considerando las variables sociodemográficas y sociopsicológicas, para contar con una base de datos que posibilite comprender el alcance, las causas y la cualidad de los actos de violencia de género en el contexto cubano.

– El perfeccionamiento de los instrumentos legislativos en materia de violencias de género.

– La ampliación de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, incluyendo las mujeres homosexuales y trans.

– El perfeccionamiento de los mecanismos de debate y participación en las bases en torno a todos estos temas tan sustanciales, aprovechando la red de organizaciones políticas y de masas que existen, con un correlato del tratamiento sistemático de los mismos en los medios masivos, con carácter informativo y educativo.

– La ampliación de los estudios sobre los grupos vulnerables entre las mujeres cubanas a partir de la interseccionalidad de condiciones como el color de la piel, la posición en la estructura socio-ocupacional, la edad, la formación, el lugar de residencia, para el estudio y la comprensión de las condiciones que generan vulnerabilidad, como base del perfeccionamiento de las políticas

sociales relativas a la atención de estas vulnerabilidades, políticas que deben integrarse orgánicamente a la plataforma de cambios económicos en curso.

– El uso y perfeccionamiento de los instrumentos legislativos, educativos, institucionales, comunicacionales, comunitarios, políticos, de todo tipo, que brinda el proceso revolucionario cubano, para el combate sin descanso ni concesiones de cualquier gesto que evidencie que aún, entre nosotras y nosotros, respira el heteropatriarcado.

Como diría Vilma Espín, en el Informe Central al V Congreso de la FMC, de marzo de 1990, *Hemos elegido a plena conciencia: ¡socialismo pase lo que pase!*:

Para las mujeres cubanas «¡Socialismo o Muerte!» no es una consigna más, es expresión viva de una decisión irrenunciable: todo cuanto tenemos, todo cuanto somos, lo debemos al socialismo. Los logros de estas tres décadas resultan de las ventajas de nuestro sistema, cuyas extraordinarias posibilidades nos permiten continuar adelante, a pesar de la difícil situación económica internacional, a pesar de la compleja coyuntura histórica que vive la humanidad.

En 30 años de socialismo la mujer, marcada por los prejuicios y la discriminación, la más oprimida entre los oprimidos, se convirtió en fuerza fundamental de la obra revolucionaria. Ha sido parte activa en las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales que lleva adelante nuestro pueblo, a la vez que se ha transformado a sí misma mediante un proceso permanente de participación, que ha propiciado su desarrollo en todos los órdenes.

Y ahora, ¿qué sigue?, ¿qué haremos a continuación?

Karima Oliva Bello  
Marzo de 2022.

**Descarga gratis  
el libro aquí:**

[https://oceansur.com/catalogo/titulos/mujeres en revolucion](https://oceansur.com/catalogo/titulos/mujeres%20en%20revolucion)